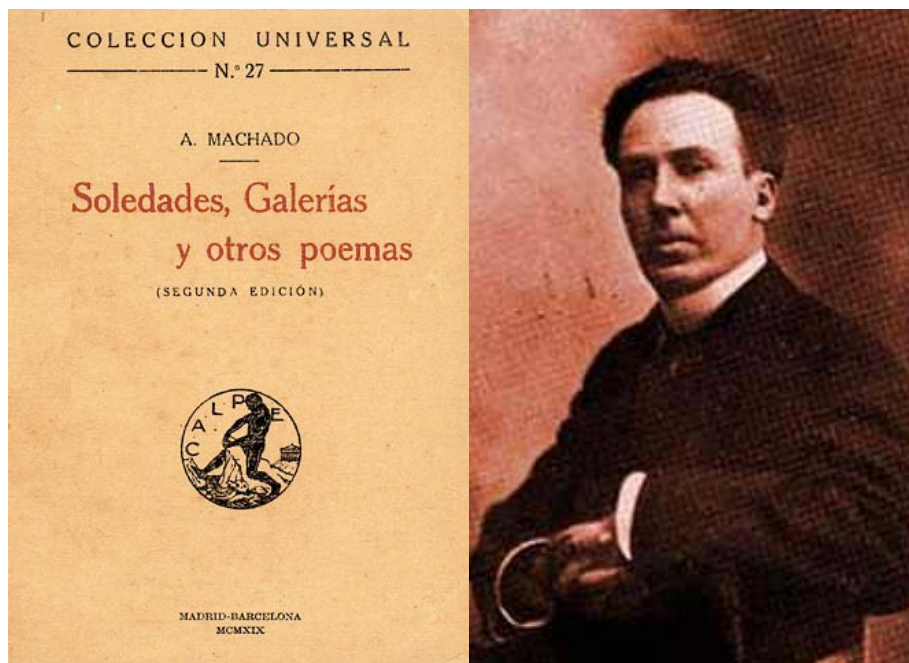


## De Soledades

*«En soledad confusa,  
perdidos unos, otros inspirados»  
(Luís de Góngora)*

1. Soledad profunda
2. Soledad esperanzada
3. Soledad sonora

Han pasado años, casi medio siglo, desde mi hallazgo magnífico de los versos de Antonio. Su lectura, o lección, que es lo mismo, han sido compañía para mí, siempre. Entre otras muchas lecturas de tan vario tema, cuanto que mis estudios profesionales no han sido sino de Naturaleza; pero Naturaleza y poesía no tienen por qué contradecirse. El primer libro de Antonio Machado ya llevó el nombre de «*Soledades*». El autor pasaba entonces apenas de los veinticinco años. No pudo haber en su espíritu las suficientes experiencias que justificaran ese título. Cuando pocos años después, reeditó, mejorada y muy aumentada su primera producción, conservó el nombre, bien que añadiendo algo a su laconismo primero: «*Soledades, galerías y otros poemas* ».



Mejorada fue, al retirar algunas poesías que no eran muestra de su propio intimismo, sino producto del momento, de la moda literaria que corría al iniciarse el siglo XX. Supo suprimir aquellos poemas que no iban a merecer, como sí los demás, el nombre de insuperables, de «admirables», como los calificara Rubén Darío. Y el conjunto que brotó de la imprenta de «Pueyo» modestamente presentado en 1907 (1), constituía ya una maravilla indecible, totalmente sin posible superación. Su libro siguiente, de éxito apoteósico, «*Campos de Castilla*», a mi entender, no superó al anterior; por abarcar un horizonte materialmente mucho más amplio, perdía en intimidad de alma. Y el intimismo machadiano es el mérito máximo del gran poeta. Es la condición que le situó en la compañía de los mejores, en el increado Parnaso. Allí quiero suponer que se halla Antonio, junto a sus hermanos mayores, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León.

Volviendo al vocablo «*Soledades*», no se refiere su autor únicamente al estado de ánimo que merezca éste apelativo: habla de todo el cortejo que la palabra soledad, soledad del alma, puede llevar consigo. Juventud nunca vivida, juventud sin amor, un indecible dolor viejo...

En algún caso pudo pensarse en que era continuador de un Romanticismo, apenas extinguido. Antonio nació a los cinco años de morir su paisano Gustavo Adolfo. Pero no basta; la expresión lírica del nuevo poeta era, en su sencillez y hondura, algo nunca logrado. Era, y perdón por mi redundancia, un artista único, que hablaba de forma inefable.

En medio de las bellezas de «*Soledades, galerías y otros poemas*», en las que no faltaba el toque romántico, el parnasiano o el modernista, surgía un autor original de cualidades poéticas desconocidas antes.

Pero nadie piensa ya en la idea del Machado inmenso, en sencillez de expresión y en calidades estéticas, como continuador de una escuela, a la que aportara nuevos brotes en su ya extinguido poder de creación.

Se llegó a hablar y se habló aún, en alguno de los libros publicados en el año de su centenario — 1975— de que el origen de su actitud triste y desalentada pudo ser la existencia de un amor de adolescencia, frustrado. Esta frustración habría puesto indeleble norma de insatisfacción amorosa y vital a través de su obra. Explicación algo freudiana, que no satisface ni aún a los que le evocan.

Un pintor, al que no conozco por la visión directa de sus obras, empezó a indicarme un camino, un estrecho sendero mejor, hacia la comprensión, imperfecta al fin, de ese espíritu tan desolado, tan sin esperanza, incluso, que revela la lectura de los escritos del mejor poeta del siglo.

El pintor que cito es Leandro Oroz, del que es muy conocido un buen dibujo que representa a Antonio sentado y ya con su eterna garrota en 1925 (2). Pero la obra a que me refiero ahora debió ser de 1915, aproximadamente (3). El título es interesante: «*Antonio Machado y su musa*». Indica por parte de Oroz, el deseo de enfrentarse con un tema de verdaderos alientos artísticos. Ya digo que no conozco el original. Lo juzgo de calidad, pero sólo a través de fotografías y no muy buenas. Representa unas ruinas; un muro viejísimo por cuyos ladrillos trepa la yedra, en visión muy romántica y a la par muy machadiana. Un arco ayuda a la idea de un viejo monasterio abandonado; una escalera en conservación paralela a lo demás del conjunto.



En éste rincón olvidado y muy bello, repleto de recuerdos de viejos cánticos litúrgicos, dos personajes. Uno el propio Antonio, sentado en los últimos peldaños de la semiderruida escalera; su parecido es correcto, su ademán de meditación profundo y amargo, logrado; no falta el bastón, por el momento inútil. La otra figura, una idealización, una forma de mujer, lo suficientemente bella para alcanzar un perfil clásico; con su túnica blanca, tan evocada en los poemas machadianos:

*La blanca quimera parece que sueña*

...

*Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca*

...

*Las ascuas mortecinas  
del horizonte humean  
Blancos fantasmas lares  
van encendiendo estrellas*

...

*Si sois una sombra de la primavera  
blanca entre jazmines o antigua quimera  
soñada ....*

La bella, figura de la musa de Antonio en el cuadro, lee, con ademán serio, triste tal vez, lee, repito, en un pequeño libro luminoso: parece que él mismo irradia blancura.

La idea del pintor está evidente y muy lograda. Machado, en su soledad, medita. Alba aparición le dicta, vierte en su mente, lo que él luego escribirá; quizás en el momento, saque un cuadernito y un resto de lápiz, como tantas veces hizo, y apunte una idea. Antonio está sólo, pero con su Musa; porque su Musa es precisamente la Soledad. La Soledad a la que él mismo llamó:

*... eterna compañera...*

Esa soledad que nunca le abandonó. Que desde pequeño, en la sala familiar, o en la clase del dómine Don Antonio Sánchez, ya había sentido y llegó a reflejar en sus primeros versos:

*Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de la lluvia en los cristales...*

...

*aquella sala sombría  
dónde yo aprendí a pensar...*

Soledad, soledad, que nunca le abandonará: ni en el ensayo de vida bohemia en Madrid primero y en París después, en tabernas con cantaores y guitarras; cabarets con *demimondaines* y bohemios inspirados por el ajeno o la morfina. Soledad tras su viudez, soledad densísima de la que no speraba salir. Soledad en las tertulias de hombre maduro, soledad que se acurrucaba humilde en el regazo formado por los grandes zapatones del poeta y la puntera de su bastón. Soledad en citas frustradas, o sólo soñadas, que dejaba el vacío de Guiomar cuando no podía acudir... o, luego cuando se iba... La inédita y tremenda soledad entre la barahúnda de milicianos en huida...soledad sentida entre los que iban a visitarle para que no la sintiera, soledad última frente al Mediterráneo, más allá de la frontera española...

A través de la producción del gran poeta es permitido, al que lee, distinguir aspectos diversos de la soledad del alma machadiana. A veces parece que aquella es tan honda, tan desamparada, que se diría no poder admitir remedio. En otras ocasiones, aún después de pintárnoslas con negras pinceladas, él mismo quiere admitir como un dejo de alivio, una especie de desesperada esperanza. Otras veces indica como un presentimiento de Dios, sólo esbozado, que sería realmente la solución de sus males. Por último, hay ocasiones en que vibra en sus estrofas como un leve resonar, especie de esperanza que hace pensar en aquella soledad sonora de San Juan de la Cruz.

Dicen que el mínimo Juan de Yepes, cruzaba descalzo sobre la nieve en Segovia, cerca de la puerta de San Cebrián o la de Santiago, en busca del convento por él fundado. Por la propia carretera de hoy, siglos después, formando cruz con el ya invisible sendero, paseaba Machado meditando tristezas y soledades. Cruz ideal la de estos dos caminos en donde, de seguro, el hermano Antonio recogió algo del espíritu sublime del santo poeta hermano Juan.

### 1. Soledad profunda

El poema machadiano que lleva el número veintiuno en sus obras completas, es un ejemplo, bellísimo ejemplo de la soledad desesperanzada que señalé.

No es preciso decir que la mayoría de los poemas de Antonio tienen una doble propiedad común: por una parte casi nunca habla de algo real, sino soñado, y con frecuencia, al hablarnos de un paisaje exterior, no es realmente más que la proyección de su propio paisaje interno. ¡Su gran condición de lírico!

Empieza el poema con una estrofa de tres versos heptasílabos y un regío endecasílabo. Los dos primeros versos son de insuperable belleza e íntimo contenido:

XII

Sobre la tierra amarga  
caminos tiene el sueño  
 laberínticos, sendas tortuosas,  
parques en flor y en sombra en silencio;

...

imágenes amigas,  
 a la vuelta florida del sendero  
 y quimeras rosadas  
que hacen camino... lejos...

La tierra amarga, caso de sinestesia empleado por Antonio con la maestría de siempre. Lo amargo se percibe por el sentido del gusto, pero puede, bien empleado, usarse como adjetivo tajante, contundente en este caso: resume el vocablo amarga, la idea de pobreza aridez, tristeza y, sobre todo, soledad del pedazo de tierra del que habla. La tierra amarga es una realidad; la tiene ante sus ojos. Y será más amarga, superlativamente amarga, si la emplea como imagen de su espíritu solitario. En cambio esos...

[...] caminos tiene el sueño

confiesa, con sencillez, que no existen: él los crea, buscando una dirección, un sendero; pero sabe que su sueño los pone nada más.

Yo voy soñando caminos

dice en uno de sus poemas cumbres, de sus poemas clave; se define como el gran artífice, que encuentra, busca, halla o crea, caminos espirituales por donde nadie sería capaz de verlos.

En la propia riquísima, primera estrofa, anota que sus caminos sólo pueden ser laberínticas sendas, pero él las adorna en su imaginación creadora con:

parques en flor y en sombra y en silencio.

En la estrofa intermedia (que no se transcribe) llega a suponer sobre esa tierra amarga:

Figurillas que pasan y sonríen  
—juguetes melancólicos de viejo— [...]

En la última parte, abandona casi totalmente su íntimo deseo solitario; ve aún imágenes amigas:  
a la vuelta florida del sendero

incluso en su esfuerzo creador habla de «*quimeras rosadas*», rosadas, sí pero al fin quimeras. Además, el último verso es desconsolador: seguirá solitario, porque aún esas quimeras rosadas:

hacen camino... lejos...

-o0o-

XLIX

ELEGÍA DE UN MADRIGAL

Recuerdo que una tarde de soledad y hastío  
¡oh tarde como tantas! El alma mía era,  
bajo el azul monótono, un ancho y terso río  
que ni tenía un pobre juncal en su ribera  
¡Oh mundo sin encantos, sentimental inopia  
que borra el misterioso azoque del cristal!  
¡Oh el alma sin amores que el universo copia  
con un irremediable bostezo universal!

Si fuéramos lectores que por primera vez leyéramos estos espléndidos alejandrinos, iríamos en admiración y en desconcierto crecientes, a pesar de su belleza... Porque el título, aunque poco claro, parece indicarnos que va a lamentarse de una poesía hecha por él; un madrigal, que luego había perdido.

Para estar más seguros veamos de un libro de preceptos literarios o del propio Diccionario de la Lengua:

Elegía.- Composición poética del género lírico en que se lamenta la muerte de una persona, o cualquier otro caso o acontecimiento digno de ser llorado.

Madrigal.- Composición poética en que se expresa con galanura un afecto o pensamiento delicado.

Y con estas ideas que ya conocíamos, no comprendemos, por ahora, el porqué del nombre del poema. Realmente nos vamos adentrando en una bella, tristísima, composición en que el poeta nos lleva por un camino adornado de pensamientos sombríos y desolaciones.

Ninguna relación vemos, por ahora, entre título y poema. Sólo que al seguir observamos un cambio de motivo, como un trueque de argumento, como si todo él fuera realmente dos composiciones y no una. Porque es el caso que sigue...

Quiso el poeta recordar a solas,  
 las hondas bienamadas, la luz de los cabellos  
 que él llamaba en sus rimas rubias olas.  
 Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...

Aquí ya se vislumbra el motivo del madrigal: hubo una bella mujer, amor del poeta, que tenía hermosos cabellos, luminosos de puro dorados. Pero confiesa que en el tiempo, transcurrido ya los había dado al olvido. Así pues, no hubo madrigal; tal vez la muerta era en sí misma un madrigal viviente. Y en aquella tarde de hastío y soledad era ésta tan completa que ni en el recuerdo podía acompañarle. No hay más noticia del madrigal: toda la enigmática muerta era ella misma un madrigal.

El sujeto elegiaco aparece al fin: unas rosas le traen, en su perfume, el de la cabellera de la bienamada y termina:

... porque un aroma igual tuvieron ellos  
 Y se alejó en silencio para llorar a solas.

-000-

Ahora un último recuerdo de soledad integral, de "noche oscura del alma"...

#### LXXIX

Desnuda está la tierra,  
 y el alma aúlla al horizonte pálido  
 como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?  
 Amargo caminar, porque el camino  
 pesa en el corazón. El viento helado,  
 y la noche que llega, y la amargura  
 de la distancia!... En el camino blanco  
 algunos yertos árboles negrean;  
 en los montes lejanos  
 hay oro y sangre... El sol murió... Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

Dos buenos comentaristas de Machado dicen frases acerca de ésta terrible poesía, que creo oportuno recordar. El primero es Bartolomé Mostaza (4), el segundo Sánchez Barbudo (5).

Pocas veces Machado logra integrar con tan avara concisión el paisaje y su estado de alma:  
 «El símil de la loba famélica para expresar el alma aullante de deseo nos traspasa y estremece» (B. Mostaza).

«El paisaje éste, aunque apenas esbozado, es de por sí bien triste (desnuda tierra, viento helado, noche que llega, yertos árboles que negrean y una última luz de oro y sangre en los montes). Y su estado de alma que alterna con el paisaje, es lúgubre también» (S. Barbudo).

En los dos autores de la misma y rápida comprensión de la idea machadiana: el estremecedor paisaje de soledad y frío, es la proyección de su estado de espíritu. El vio sombras pasar aullando por los altos páramos helados. Pero la que aúlla al horizonte pálido, en esta poesía, es su propia alma. De todo ello surge la idea que el camino por el que se marcha con:

amargo caminar

no es otro que el camino de su vida. ¿Para qué entonces seguir, aterido y hambriento, más allá del ocaso con color de sangre? ¿Para qué?,

[...] ¿qué buscas poeta en el ocaso?

Pocos poemas de Antonio dejan transido el espíritu de su amargura y soledad, como éste. Más sin dejar el tema sombrío de la soledad del poeta, tal vez hallemos, si buscamos con atención, algunos poemas en que se vea a lo lejos un reflejo esperanzado.

## **2. Soledad esperanzada**

Tres poemas escogidos entre los que pudieran merecer este común apelativo; poemas en los que a la soledad del poeta, expresada en ellos, puede hallársele como un punto de evasión hacia un albor de compañía para su espíritu, los tres son del libro titulado "*Soledades*". Estamos pues en una primera época que no rebasaría el año 1902.

No deja del todo Antonio la idea de soledad como eterna compañera; pero ciertos contornos de su pensamiento parecen revestirse con un brillo especial, esperanzado.

El primero que recordamos, lleva el número XII. Cualquier espíritu poco reflexivo podría ver en él algo tan contrario a lo que digo, como para considerarlo de tétrica, lúgubre argumentación:

XII

1 - Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca...  
No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!

5 - El viento me ha traído  
tu nombre en la mañana;  
el eco de tus pasos  
repite la montaña...  
No te verán mis ojos

10 - ¡mi corazón te aguarda!  
en las sombrías torres  
repican las campanas...  
No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!

15 - Los golpes del martillo  
dicen la negra caja;  
y el sitio de la fosa,  
los golpes de la azada...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!



Los dos primeros versos son muy bellos; el poeta, sencillamente, compara el airecillo del amanecer con lo blanco del ropaje, veste, de la amada; blanco por su máxima pureza. El aura es el airecillo puro de un amanecer primaveral, el "Céfiro" de los griegos, el "céfiro blando" de los endecasílabos safico-adónicos de Don Esteban Manuel de Villegas. Céfiro blando al quien también llama...  
huésped eterno del Abril florido...

Antonio, mucho más austero de expresión, alejadísimo del barroquismo de Don Esteban, da una entrada de magna elegancia a su poema. Al parecer tiene una amada y el aire primaveral le recuerda la pureza en la que la ve envuelta.

Pero los versos 3 y 4, también de forma perfecta, nos ponen en duda y frenan la alada esperanza que habíamos empezado a sentir:

No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda ¡  
... que será el estribillo de cada estrofa.

Los versos 5 y 6 refuerzan en su expresión la belleza de los anteriores. Conceptos escritos sencillísimamente que encierran un cúmulo de ideas. El nombre de la amada de veste blanca debe ser muy hermoso para el poeta; el blando céfiro de la madrugada le hace el obsequio de verterlo en sus oídos. Los dos versos siguientes hacen que aumente el interés del lector:

El eco de tus pasos  
repite la montaña...

A pesar de ser pasos no reales, sino de un sueño, o de un fantasma, mantienen en nuestra imaginación el deseo de que el tremendo estribillo se pierda en el significado que ya le suponemos. Pero llega implacable; otra vez:

No te verá mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!

¿Qué sentido dar a ésta aparente paradoja? ¿Por qué no volverá a verla, con los ojos de la cara? Y si así lo sabe él ¿A qué viene el «mi corazón te aguarda»?

Entramos en la estrofa 11-14 y ya el repicar de las campanas nos avisa lo que estábamos sospechando. El poeta, añora entristecido, no desesperado, a la amada que se fue. Comparado su dolor con el del «dulce lamentar de dos pastores» de Garcilaso, los de Antonio no nos recuerdan a los del Salicio, que llora desamparo y desdenes de Galatea, si no los de Nemoroso, al lamentar la desaparición, por la muerte, de Elisa:

Acuérdame, durmiendo aquí alguna hora  
que, despertando, a Elisa vi a mi lado  
¡oh miserable hado!  
¡Oh tela delicada  
antes de tiempo dada  
a los agudos filos de la muerte!

Más conveniente fuera aquesta suerte  
a los cansados años de mi vida  
que es más que el hierro fuerte,  
pues no la ha quebrantado tu partida.

Como sentimiento paradójico, ni los martillazos que cierran los labios de la caja ni los golpes de la azada que señalan el lugar de la fosa, que podían ser lo más lúgubre de la composición, nos angustian; al contrario, ellos nos han dado el verdadero sentido de alta espiritualidad del estribillo:  
No te verán mis ojos...

ya que el poeta sabe de la muerte de la amada; pero éste repetido:  
¡mi corazón te aguarda!

es una terminación de esperanza; mejor, no una terminación, pues martillea nuestra sensibilidad desde los primeros momentos. Si el corazón le dice al poeta que aguarde, le da la seguridad redentora de su dolor; cuando sea... más allá, pasadas las edades, el poeta volverá a ver a su amada envuelta en la vesta blanca de su pureza; y la frase tan bella que dice:

El viento me ha traído  
tu nombre en la mañana

sólo puede entenderse como anticipo y seguridad de una dicha perfecta.

-oOo-

El poema XVII indica otro momento, muy próximo al anterior y donde igualmente, Antonio no se entrega a la triste soledad como algo fatal e irremediable. De nuevo proyecta su espíritu sobre un paisaje acorde. Esta vez en alejandrinos:

En una tarde clara y amplía como el hastío  
cuando su lanza blande el tórrido verano  
copiaban el fantasma de un grave sueño mío  
mil sombras en teoría, enhiestas sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,  
era un cristal de llamas, que al infinito viejo  
iba arrojando el grave soñar en la llanura...  
Y yo sentí la espuela sonora de mi paso  
repercutir lejana en el sangriento ocaso,  
y más allá la alegre canción de un aura pura.

De un gran poeta leí, en cierta ocasión, una crítica sobre los que tienen el vicio de subrayar los renglones más agradables de una lectura. No sé qué denuestos nos dedicaba. Pero es igual. Empecé a enviarme en tan grave falta hace, más o menos, casi medio siglo y no será la crítica de aquel, tan grande como desabrido poeta, quien me haga aborrecer mi costumbre.

Aquí, en estas notas sobre Machado el inmenso, no quieren indicar mis subrayas un deseo pedagógico hacia un posible lector; no indican realmente más que, sobre el fondo luminoso de toda una producción insuperable, veo frases o conceptos que aún escalan más alto la cumbre de la perfección. ¿No es verdad que sobre la belleza de esos diez alejandrinos aún pueden destacarse los que he subrayado como los mejores?

En este mismo momento, he transcrito el poema XVII de Machado en sus obras completas sin indicar que lo era y tampoco he consignado el nombre de la preciosa poesía; fue llamada

«*Horizonte*» y el número tan bajo en la producción nos la sitúa en la primera juventud del autor, en su primer libro aún, sus «*Soledades*» (6).

La argumentación nos es conocida por semejanza con otras del momento: hay un campo, un paisaje, que contempla el poeta. Éste lo puebla su fantasía con:

... mil sombras en teoría, enhiestas en el llano.

Además, nos ha adelantado que estas sombras copiaban el fantasma de un sueño del poeta, sueño que no duda en calificar de «grave».

De nuevo desde los dos magníficos alejandrinos de apertura, se nos presenta un paisaje en el que Antonio iba arrojando su grave soñar. Una vez más, la sombra gigante del artista se proyecta sobre lo que describe, como algo propio: define con bellas metáforas un ambiente, que es tanto como definir el estado de su propio espíritu.

Cuando en los versos 5-7, inicia la segunda y última estrofa con nuevos alejandrinos de innumerables bellezas, no nos cabe duda de que lo descrito es un resplandor de su propio ser. Los tres versos finales abren un amplio camino hacia la esperanza. Tal vez va sólo, andando por la inmensa llanura; pero esa "espuela sonora" de su paso, nos hace vislumbrar la fantasía del poeta, al galope, hacia el horizonte sangriento del poniente. Pero no termina el poema sin indicar la convicción de que, más allá del ocaso, se oyen las espuelas sonoras en un lejano lugar donde reina "aura pura". El aura pura, repetida, bien repetida, en otras poesías de Machado, como pregoneras de una bella esperanza.

-000-

No es un afán de disección; es solo un deseo seguramente no logrado, de reducir a pequeños fragmentos para que no se escapen detalles. Riqueza de imagen y de conceptos podrían pasar de largo a la percepción del lector, si no previniera con vocación de analista. Leer deprisa cualquier poema machadiano, sería casi como no leerlo; porque la expresión será sencilla, pero las bellezas que encierra surgen precisamente de esa sencillez.

Va a ser nuestro tercer paso, por ahora, entre el jardín de la producción de Antonio, en busca de eso que hemos querido llamar "esperanza desesperanzada": tres estrofas, sólo tres estrofas, de heptasílabos que siguen a un endecasílabo inicial:

XXV

¡Tenue rumor de túnicas que pasan  
sobre la infértil tierra!...  
¡Y lágrimas sonoras  
de las campanas viejas!

Las ascuas mortecinas  
del horizonte, humean...  
Blancos fantasmas lares  
van encendiendo estrellas  
¡Y lágrimas sonoras  
de las campanas viejas!

Abre el balcón. La hora  
de una ilusión se acerca...  
la tarde se ha dormido  
y las campanas sueñan.

Y la temida disección empieza. Cada estrofa, renglón a renglón. Una infértil tierra, tantas veces evocada por el poeta. Está anocheciendo, pero la fantasía puebla de vagas figuras la ligera niebla vespertina: tal vez labriegos que se retiran al descanso; tal vez esos blancos fantasmas lares dedicados a encender estrellas. Las campanas de un pequeño convento campesino han lanzado su último toque del día, en forma tan triste para el poeta que ha designado su son con el bello eufemismo de «lágrimas sonoras»".

¿De cuantas formas precisas habrá nombrado nuestro Antonio al crepúsculo de la tarde? En éste momento lo presenta magistralmente:

Las ascuas mortecinas  
del horizonte humean...

Pero poco tendremos que hojear en las páginas que rodean a éste poema en cualquiera de sus ediciones, para hallar frases igualmente afortunadas:

Hacia un ocaso radiante  
caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego una trompeta gigante  
tras de los halamos verdes de las márgenes del río.

...

La tarde todavía  
dará incienso de oro a tu plegaria.

...

Brilla la tarde en el resol bermejo

...

Las ascuas de un crepúsculo morado  
detrás del negro cipresal humean

...

Lejos de tu jardín quema la tarde  
inciensos de oro en purpurinas llamas.

Sepamos de una vez al repasar el poema XXV ¿quién produce ese rumor de túnicas que pasan? En el lenguaje poético llevan túnicas los ángeles, los espíritus, los fantasmas... El deseado bisturí de inefable naturaleza capaz de seccionar para inquirir en lo más hondo del ser humano no lo poseo; sí el sentido de la admiración por lo bello. Por eso declaro que la total comprensión de la primera estrofa se me escapa. Sólo descifro en ella la noble perfección, el caudal de belleza que encierra sus enigmáticas palabras.

La segunda estrofa, creo, supera, si es posible, a la primera. ¡Esos fantasmas lares, es decir, familiares, amigos, que van encendiendo estrellas conforme se lo permite la huida de la luz del sol!... Ya casi comprendemos el sentido del «*tenue rumor de túnicas*» que el poeta dice percibir. Deben ser de esos seres que considera familiares y con los que su fantasía va poblando el ambiente de tierra y cielo. Virtud del genio poético de Antonio. Las dos estrofas han creado un espléndido cuadro en que no se ve tristeza ni soledad, aunque sólo sea por la magistral manera de realizarlo.

El inicio de la tercera estrofa ya hace presentir una compañía. El poeta no está sólo, alguien permanece junto a su espíritu y a él dirige su ruego, orden, casi imperativo:

¡Abre el balcón! La hora  
de una ilusión se acerca.

Hay pues compañía; además, el poeta le comunica que está próxima la hora de una ilusión. Esperanza indudable, cierta. También de muchas formas distintas nos ha abierto Antonio su balcón para que por él penetre la esperanza.

Destaquemos no más aquellos renglones que dicen:

Como sonreía la rosa mañana  
al sol del oriente abrí mi ventana:  
y en m] triste alcoba penetró el oriente  
con canto de alondras, en risa de fuentes  
y en suave perfume de flora temprana.

Por último, los dos versos finales del poema que estamos comentando, son también esperanzados:

La tarde se ha dormido  
y las campanas sueñan.

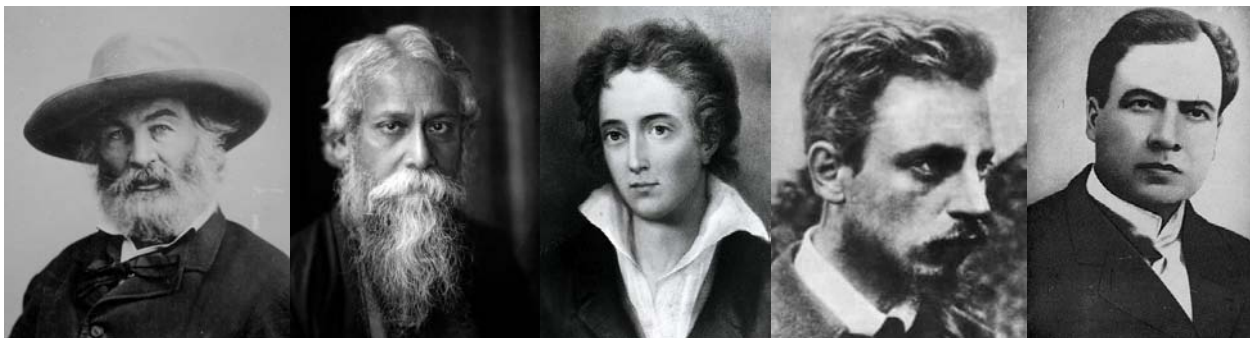
Bien; si, sueñan, porque ha llegado la noche. Pero ésta pasará; el sol florecerá en nueva epifanía y las campanas despertarán con alborozadas, metálicas sonoridades.

Muchos años después escribiría:

No el sol, sino la campana cuando te despierta, es lo mejor de la mañana.

### **3. Soledad sonora**

Querido Antonio; entrañable Antonio. Has de perdonar si, muy a la ligera, he colocado este titulillo a los comentarios que van a seguir. Yo, en verdad, no tengo el sólido talento, aunque si la buena sensibilidad, para hablar de tu creación lírica. Pero desde mis quince años en que empecé a leer y releer tu obra, ya no he tenido otro que te suplantara en mi admiración hacia tu labor cordial y única; ni Walt Whitman, ni Rabindranath Tagore, ni Percy Shelley, ni Rainer Rilke, ni Rubén Darío. Nadie te hace sombra para mí.





Acaso, si, San Juan de la Cruz. ¿Por qué será? Ya te he dicho, que no sé explicarme el porqué de mis predilecciones poéticas. Me gusta todo lo que considero bueno que se ha escrito, y hasta algo de lo regular; más por mucho que lo pienso no logro explicarme este paralelismo que confieso: ¿Juan de Yepes? ¿Antonio Machado? Si, dos extraordinarios poetas, pero... ¿semejanzas? Repito que no sé expresarme, pero es así: por ésta idea no explicada ni por mí mismo, de pronto, siguiendo el galope de la pluma sobre los folios he escrito casi sin darme cuenta «*Soledad sonora*». Y no me arrepiento, porque si la ideal frase es propiamente de San Juan, yo he notado una sonoridad recóndita, casi imperceptible en lo más hondo de tus soledades. Tú de seguro en lo más profunda de ellas, la que siguió a la muerte de Leonor, no dejaste de sentir muy en la lejanía, una dulce sonoridad. Tú confesabas que quisiste matarte, pero algo te decía que si se te habían concedido facultades únicas, no debías privar a las generaciones por venir, toda una producción poética inigualable. Algo así dijiste, sin los calificativos que yo añadido. Confiésalo amigo mío. Soledad, pero con un eco lejano de armonías. Las que antes y aún más, después, de tu transito terreno se convirtieron en repicar robusto de campanas.

Ahora pues, querido Antonio, admirado Antonio, me veo obligado a seguir con esta idea de tu amable soledad sonora. Pero mi tarea no será difícil: buscaré algunos poemas tuyos de épocas diversas y con sólo su ejemplarización, quedará aclarado lo que en realidad ya sabemos todos los que te hemos leído y releído. Gracias.

-000-

El poema XVIII llevó por título «*El poeta*» (1907) y le acompañaba una dedicatoria al escritor Gregorio Martínez Sierra; pero pronto abandona Machado la idea de elogio concreto y va realizando una bella divagación de ideas encontradas, o contrapuestas, casi alternando, para acabar de forma que el lector no saca la idea de cómo era el determinado escritor a que se dirige; sino el único concepto de que si se parecía a algún poeta nacido, era el propio Machado.

Una versificación irregular de ocho o dieciséis sílabas y con un principio algo apegado al modernismo, enlaza magistralmente ideas a veces oscuras por contrapuestas.

La segunda estrofa dice acerca de ese poeta ideal cuya figura lírica describe:

El sabe que un dios más fuerte  
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte  
cual niño bárbaro. El piensa  
que ha de caer como rama, que sobre las aguas flota  
antes de perderse, gota  
de mar en la mar inmensa.

Estrofa con su verso extraordinario y un conjunto muy bello, más todo él de espíritu desalentado.

Continúan los versos con igual calidad y con el mismo alternar de una frase esperanzada y otra que corta de raíz la primera sensación:

En sueños oyó el acento de una palabra divina  
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina.

Y sigue a través del poema las mismas calidades poéticas y afectivas:

Con el sabio amargo dijo: vanidad de vanidades  
todo es negra vanidad;  
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades  
sólo eres tú, luz que fulge en el corazón, verdad.

Y viendo como lucían  
miles de blancas estrellas  
pensaba que todas ellas  
en su corazón ardían.

Esta linda cuarteta no puede ser más eficaz ayuda a los magníficos renglones anteriores donde evoca la frase jeremíaca. El poeta quiere que el Universo todo palpite al ritmo de su propio corazón. O mejor, que su corazón esté acorde con el palpito universal.

En el 42, uno de sus mejores versos del gran poema que se intenta comentar, inicia una vez más, su tantas veces indicando balanceo entre dos concepciones contradictorias pero igualmente rutilantes de inspiración:

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado  
del ayer. ¡Qué bello era!  
¡Que hermosamente el pasado  
finjía la primavera...

Un hermoso pareado final no decide el enigma que entre renglones se ha ido planteando a lo largo del poema. Porque dedicado a un escritor concreto, termina Antonio por pasarse a la evocación de un poeta arquetípico que, sin proponérselo, a la vista del lector actual, es el propio Machado:

¡Alma que en vano quisiste ser más joven cada día  
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

-000-

Soledad sonora, sí. Pero no es el procedimiento más correcto el de buscar poemas donde con toda evidencia se aprecie esta modalidad. Ahora, para seguir mi intención, voy a pasar muchas composiciones y a tomar contacto ya con la indicada número sesenta y cuatro. Un buen salto en la producción del poeta, pero no en el tiempo que los separa.

En éste poema, extraordinario desde su primer verso, pierde, al fin, la idea de soledad y va en ascensión a través de sus propios renglones, la idea de confusas sonoridades. Pero ha sido a cuenta de una pérdida total de la idea de soledad del artista:

## LXIV

Desde el umbral de un sueño me llamaron..

Era la buena voz, la voz querida.

Di ¿vendrás conmigo a ver el alma?...

Llegó a mi corazón una caricia.

Contigo siempre... Y avancé en mi sueño  
por una larga, escueta galería,

sintiendo el roce de la veste pura

y el palpitar suave de la mano amiga.

Pertenece este poema, como otros muchos, a aquellos a los que Antonio, desde el primer verso, sitúa al lector en un ambiente poético de encanto con sólo una frase bella, concreta, precisa, sencillísima frase.

Iba a entrar por el laberinto de sus sueños, pero en este punto encuentra desde su primer paso al mundo de lo ideal, una voz amiga que va a guiarle. Mejor, no una voz, sino la voz, determinada voz; no puede ser otra que la del amada real o en sueños del poeta.

Y es tan sencilla la exposición que sigue, tan escalonada en portentosos versos, que no se necesita el escalpelo que fragmente y analice: todo está muy claro. Desde el momento que en el propio umbral del mundo de sus ideales le acompaña y guía la voz querida, todo se desliza como era de esperar; se le invita a ver su propia alma y el soñador siente como una dulce y espiritual caricia. Lo que Antonio no hace es llegar al otro umbral, el que separaría al mundo soñado del mundo de la realidad; avanza por una de sus largas galerías, de seguro luminosa y sonora como el alma del poeta. El sueño se nos va perdiendo mientras él y su amada, la de siempre, la de veste pura y palpitar suave, le encamina a la presencia de un paisaje tan repleto que ni él, con ser quién es, se atreve a describir.

La soledad ha sido barrida por un inefable coro de sonoridades lejanas, muy leves; inaudibles por los sentidos.

-000-

Y ahora sí vamos a dar un largo paso en el espacio y en el tiempo. Nos colocamos ya en época de Guiomar y no en sus primeros días. Un salto de casi veinte años. De la obra intermedia entre ambas fechas se ha hablado mucho y escrito también. Pero me aferré a los renglones que transcribo dignos de sus momentos mejores; dignos sencillamente de él, si es que creemos en que hubo épocas en que su genio creador tuvo baches, o momentáneas paralizaciones:

Tengo dentro de un herbario

una tarde disecada,

lila, violeta y dorada.

Capricho de solitario.

Y en la página siguiente:

los ojos de Guadalupe,

cuyo color nunca supe.

Y una frente...



Hermosa confidencia la que nos hace el poeta. Sencillamente paseaba por el campo, por las afueras de Segovia de seguro, según se deduce de la época en que escribió el bello y enigmático poema. Caminaba repito por el campo y halló que aquella tarde, precisamente, resultaba en particular sobremanera hermosa. Y él, con naturalidad, la tomó en todo su esplendor y la coleccionó en su mente, en el recóndito lugar donde guardará sus más bellos recuerdos: su colección de paisajes del alma. Su herbario dice: ¿pero la tarde quedó en él, deshidratada y reseca, desvaída? En absoluto; no perdió belleza ni color. Siguió lila, violeta y dorada, pues sería al anochecer.

En el terceto que sigue —el cual se imprime a veces con una separación intermedia—, el almacén de su intimidad no parece haber conservado tan indeleble el color de los ojos de una mujer; tal vez la efigie se conservó en aquel daguerrotipo viejo que a veces trae a sus versos; el color de los ojos se perdió. Pero no le culpemos de olvidadizo o ingrato. Existe aún una frase de tres vocablos que tanto puede darnos una guía para comprenderle, como causarnos ciertos desconciertos. A veces, separado, o bien a continuación, como aquí se ha transcrito, se lee:

Y una frente...

Nada más. ¿Es el comienzo de una nueva estrofa que nunca se terminó? ¿Es que el antiguo y gastado retrato, el viejo daguerrotipo, destacaba sobremanera la belleza de la frente de la desconocida? ¿Era aquella frente de tan noble belleza para llenar con sólo su recuerdo el embrión de un nuevo poema? El propio Antonio dice en otro lugar:

De toda la memoria, solo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.

Y él, ha evocado, sólo en ocho renglones, sueños maravillosos; el de la frente que coronaba, sin duda, una singular belleza y aquella magnífica tarde que conservó, lila, violeta y dorada.

**NOTAS y BIBLIOGRAFÍA**

- 1.-Obras completas de Antonio Machado. Pueyo, Madrid 1907
- 2.-El dibujo lleva fecha 1922; se reprodujo en el número homenaje de «*Hispánica Moderna*», 1949, y luego en otras ocasiones.
- 3.-El cuadro de Antonio Machado y su musa se ha reproducido en 1975, en el libro de José Luis Cano «*Antonio Machado, biografía ilustrada*». Editorial Destino, Barcelona.
- 4.-Bartolomé Mostaza. «El paisaje en la poesía de Antonio Machado». *Cuadernos Hispanoamericanos*. Septiembre-Diciembre, 1949.
- 5.-Antonio Sánchez Barbudo. «*Los poemas de Antonio Machado*». Lumen, Barcelona 1967.
- 6.-En la edición (1975) de sus «*Soledades*» publicada por Taurus —Selección y notas de Rafael Ferreres—, sin número de orden. Se halla en la página 79.
- 7.-L.C. en 3.
- 8.-«*Antonio Machado: Obras. Poesía y Prosa*». Edición por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Segunda edición: Buenos Aires 1973. Pag. 131.
- 9.-Idem. Id Pag 117.